



Imagen: Santiago Morilla

Traducir un bosque, de Santiago Morilla.

En un primer vistazo, *Traducir un bosque* de Santiago Morilla recoge los resultados de investigación artística del proyecto homónimo que tuvo lugar en 2021 en el Palacio de los Condes de Gábia, en Granada. Se trata de una intervención multiformato, que especula sobre la posibilidad de establecer relaciones alternativas entre humanos y plantas mediadas por la tecnología, en el marco de los que llamamos “Antropoceno”. Sin embargo, la primera vez que tuve este libro en mis manos, no supe bien cómo abordarlo, en calidad de qué. Después de haberlo disfrutado, leído y manoseado durante largas horas, me di cuenta de que no es exactamente el catálogo de una exposición; tampoco un libro que recoge los resultados de una investigación puntual. Parece más bien la continuación *por otros medios* de una especulación en marcha sobre los temas que apasionan a Santiago, que apelan al desarrollo de sensibilidades que reconozcan nuestra ecoddependencia, nuestra interdependencia fundacional como seres humanos, capaces además de alterar nuestros marcos éticos.

Es tanto esta dimensión especulativa propia de las prácticas artísticas como los marcos éticos que prefiguran, la que despierta el interés hacia el arte de autoras como Donna Haraway, Rosi Braidotti o Isabelle Stengers. Sus respectivos trabajos reclaman prácticas que fabulen sobre mundos por venir, sobre nuevas relacionalidades que nos saquen del círculo de negatividad en que el Antropoceno parece arrinconarnos. Y es en esta dimensión afirmativa donde la práctica artística de Santiago se hace fuerte, puesto que consigue escapar de la elaboración de argumentos lineales para una mejora probable, de soluciones *ad hoc* para inaccesibles problemas o de cualquier atisbo de aplicabilidad salvífica. Por contra, su trabajo prefiere explorar la mediación tecnológica como un marcador de nuestro tiempo capaz de aportar materialidades y mundos sensibles específicos, a la vez que alimenta nuevas subjetividades más atentas a aquellas entidades con las que compartimos la vida en el planeta. Para Santiago, la práctica artística es capaz de superar por vía de los hechos la falsa dicotomía moderna entre cultura y naturaleza, para proponerse como una entidad enredada y frágil, donde asuntos muy heterogéneos aparecen estabilizados, siquiera por un instante, en consistencias materiales que aspiran a producir chispazos de sentido en el espectador, animando la imaginación hacia mundos deseables. En su magnífico texto introductorio, Santiago se apropia del término *reverberación*, con el que Chus Martínez explica esta capacidad interconectiva de sensibilidades y epistemologías diferentes. Para poder reverberar, en *Traducir un bosque* encontramos por ejemplo el uso de herramientas clave ya muy ensayadas por las epistemologías feministas, como la parodia, la ironía o el humor, que suspenden por un instante el juicio sobre lo probable y nos incorporan a la discusión sobre lo posible a través de una disposición afectiva y una empatía a ratos perezosa.

Para dar cuenta de estos intereses, el libro se organiza, por un lado, en un conjunto de aproximaciones textuales muy elaboradas, con aportaciones muy cuidadas de autores como Pau Waelder, Matilde Barón Ayala, Miguel F. Campón o el propio Santiago, con un texto por cierto

Enrique Nieto

Universidad de Alicante

Alicante, España

enrique.nieto@ua.es

apasionante que nos acerca a las magníficas condiciones escriturales de su autor. Unas aportaciones que se complementan con la presencia dispersa de imágenes del proyecto expositivo que da nombre al libro y que tensionan y son tensionadas por el contenido textual. Por otro lado, y a modo de segunda parte, aparece un recorrido por anteriores intervenciones artísticas del autor que transitan los mismos asuntos sin solución de continuidad, y que abarcan desde *Fundar un bosque* (2016), *Locative Breathing* (2018) o *The Water Office* (2019), hasta llegar a las tres piezas centrales de su proyecto actual: *Plantoides misántropo* y *Prototipo traductor de bosques #1 y #2*.

A través de estos trabajos, Santiago nos confronta con unas relaciones cara a cara que aceptan gustosamente lo inabordable de la alteridad radical que se da entre seres humanos y seres vegetales. Una planta frente a mí, yo frente a ella, en un esfuerzo por imaginar un mundo más simétrico. Algo así como aprender de ellas o coproducirlas junto a ellas, mientras que ellas son también invitadas a coproducirse con nosotros. Pero, ¿no es esto un poco naif? ¿Cómo escapar de la culpa como motor de cambio, como medio de acercarnos al Antropoceno como contexto? ¿Cómo escapar a la nostalgia por la pérdida? En principio, el interés de Santiago por las plantas parece alinearse con las propuestas de Emanuele Coccia o Stefano Mancuso. Las plantas están ahí y apenas hemos sido conscientes de sus modos de ser, de sus modos de relacionarse entre ellas y con el mundo. Se trataría en primera instancia de aprender a mirarlas de manera más concentrada, quizás como la figura del idiota que nos propone Stengers. En segunda instancia, se trataría quizás de entenderlas para un mejor relacionarnos con el mundo, desde una consciencia antropocénica que nos dibuja un horizonte de acabamiento del mundo, al menos del mundo tal y como lo conocemos. Sin embargo, este libro nos muestra que el interés de Santiago por el mundo vegetal va un poco más allá, ya que se centra en las capacidades particulares que despliegan las mediaciones tecnológicas para aproximarse a la propuesta que Donna Haraway nos hace para *seguir con el problema*: necesitamos propuestas que nos ayuden a aprender a vivir y morir con dignidad. Se trata solo de eso. Y es por esto que parece conveniente establecer otros acuerdos con la práctica artística, de imaginarnos junto al arte de otra manera, de imaginar nuestra coproducción a través de los mundos sensibles que nos abren las tecnologías digitales, desde su capacidad para reconfigurarnos como sujetos capaces de intervenir activamente en el mundo. Casi como una invitación a practicar el arte desde nuestra cotidianeidad, a modo de ocupación de las prácticas creativas desde ese radical llegar ser otra cosa que constituye el fundamento de nuestro estar en el mundo.

Y es desde esta óptica que comprendemos el enorme esfuerzo gráfico realizado para la producción del libro, imprescindible para dar continuidad a las indagaciones que operan a través de los contenidos. Un esfuerzo que aprovecha cada una de las posibilidades de este formato, desde la elección de la tipografía hasta el tipo de papel, desde el tamaño hasta la extensión, la paleta de colores, la maquetación o el diseño de la portada. Todo el conjunto rebosa un enorme cariño por las cosas que traemos al mundo en un esfuerzo por generar flujos de empatía entre su trabajo y el lector, que no puede menos que abrazar cada tanto el libro que tiene en sus manos. Esta concentración extrema en los aspectos sensibles del diseño material nos habla, a mi juicio, de la gran confianza de Santiago en la dimensión mediadora de las entidades materiales y en su capacidad para intervenir activamente

en el devenir del mundo. Y es desde esta lógica que entendemos mejor sus prototipos traductores de bosques, como unos elementos exquisitos que diluyen la frontera entre forma y contenidos, a la vez que nos hablan de la primacía de aquellos mundos sensibles que proponen mediaciones incluso con anterioridad a disponer de los medios para conseguirlas.

El trabajo de Santiago pone así de relieve la necesidad de aprender a relacionarnos con la alteridad de otras maneras y a confiar en las potencias ocultas del diseño material y de la especulación que actualiza potencias insospechadas. En este caso, la alteridad propuesta es el mundo vegetal, pero podrían ser otras muchas entidades. En realidad, cualquiera de las apartadas por los relatos hegemónicos de la Modernidad. Pero quizás solamente los mundos geológicos o los climas nos propondrían una alteridad más inaccesible y que pusiera tan a prueba nuestras epistemologías y modos de conocer como las que incorpora el trabajo con el mundo vegetal. Unas alteridades inscritas en lo que Marisol de la Cadena denomina *earth beings*, seres terrestres con los que establecemos relaciones muy complejas, que habitan con nosotros y que construyen modos particulares de estar en el mundo.

Lo que sí sabemos, cuando sonreímos a una planta, es que ellas son muy capaces de sobrevivir a cualquier catástrofe planetaria, como así ha sucedido en épocas propias de la historia profunda. Y, por ello, aprender a estar con ellas en modos y maneras alternativas se antoja como un horizonte deseable en la medida que las plantas se nos aparecen, y nosotros con ellas, como sujetos prehistóricos, casi geológicos, radicados profundamente en su condición terrestre, planetaria. Aprender a convivir con las plantas, a estar junto a ellas y a través de ellas, nos invita a fabular por senderos deseables para revincularnos con los devenires del mundo, a transformar nuestro estar con, nuestro radical estar ahí planetario, para aprender a seguir con el problema. Esta es quizás la agenda oculta que nos propone *Traducir un bosque*, y la causa de que sea una propuesta tan adictiva, imprescindible para pensarnos *a través de*.



Imagen: Santiago Morilla